

# La mejor medicina





Los almendros del colegio parecen haber encendido las luces de la primavera. Sus miles de florecillas iluminan todas las esquinas del patio.

Desde su pupitre, Víctor los mira fascinado mientras la profesora, llena de energía, organiza la próxima excursión. "Para el estudio de la fauna nada mejor que una visita al zoo", exclama al tiempo que despliega sobre la pizarra un plano del lugar y distribuye los grupos de trabajo: "¡Clara, Luis, Enrique y Ana!; vosotros os ocuparéis del delfinario". "¿Podemos llevar la cámara?", pregunta Clara. "Desde luego, siempre que no olvidéis el cuaderno y algo para escribir", responde la profesora.



Luis se ha quedado mudo, no esperaba estar en el grupo de Clara. Víctor lo busca con la mirada para lanzarle un guiño pero él parece petrificado, sólo sus orejas, rojas como amapolas, delatan su apuro.



El autobús recoge al grupo delante del colegio. Una gran excitación recorre el patio. Los mayores aprovechan para dar las últimas recomendaciones: "no te quites la gorra"; "cómete todo el bocadillo"; etc. "Sí, sí", responden los niños, deseosos de subir los primeros al autobús.

Tras la sabana africana el grupo hace una pausa para reponer fuerzas. Es el momento del tentempié. Luis, con talento teatral, se encarga de amenizar el rato: "¡Señoras y señores visiten a los leones dormilones y a los elefantes rampantes, no se arrepentirán!". "Bravo", le gritan sus compañeros.

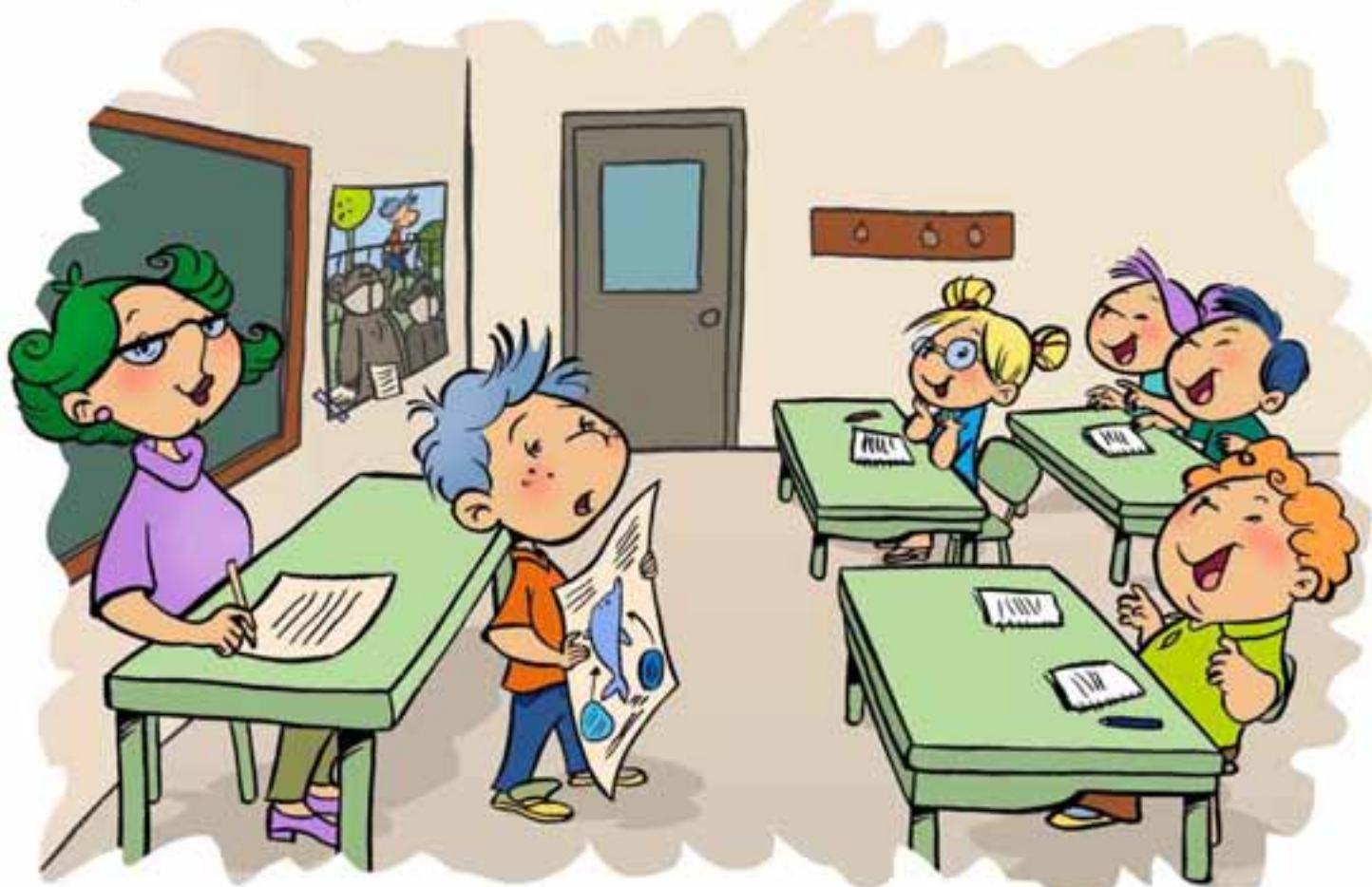
Quien no está muy animada es Clara: no ha hecho ni una foto, ni se ha asomado al lago de los cocodrilos y eso, a pesar de las insistencias de Bea. Además, durante el espectáculo de los delfines estuvo medio dormida. Parece tan agotada que la profesora pide a Luis que le lleve la mochila y no se separa de ella hasta la llegada al colegio.



La visita al zoo es estupenda. Cada semana un grupo presenta su trabajo. Lo mejor es cuando, al colgar la cartulina de los chimpancés, alguien descubre, en la foto de Víctor, la silueta de Luis. Una gran carcajada resuena en el aula.

Bueno, a Luis no le parece mal compartir protagonismo con los monos. Sin embargo, le cuesta hacer la exposición sobre los delfines. De su grupo, sólo Ana arrimó el hombro. Enrique ha estado muy ocupado con las competiciones de baloncesto y Clara, desde que se sintió mal en el zoo, falta mucho a clase.

Últimamente, cuando la profesora pasa lista, al nombre de Clara los demás responden: "hoy tampoco ha venido". "Falta muchísimo", dice Luis en tono preocupado. "Es que está muy enferma", asegura Víctor. La profesora asiente con la cabeza y levantando la vista del cuaderno afirma que Clara volverá pronto a clase.





A mitad del recreo, un fuerte chaparrón despeja el patio y obliga a los alumnos a refugiarse bajo las arcadas de la entrada. Beatriz y Víctor hablan acaloradamente. Su conversación despierta un gran interés.

La lluvia cae con tanta fuerza que tienen que gritar para poder entenderse. A Beatriz le fastidia que Víctor sepa más de su amiga Clara que ella; pero es que la madre de Víctor y la madre de Clara son muy amigas.

"Clara tiene cáncer", dice Víctor, mirando seriamente a todos. Beatriz reprende a Víctor: "Clara se va a curar, itú no sabes nada!" y aprovechando que el timbre señala la vuelta a las aulas, corre hacia las escaleras mientras los demás la miran atónitos.

En seguida surgen multitud de comentarios: "mi abuelo murió de cáncer"; "pues, a mi tía la han operado y ya está bien"; "a lo mejor, Clara no vuelve más al cole"; "Yo no quiero que me pegue eso"...

Las últimas gotas de lluvia se deslizan por los cristales de la clase que brillan como nuevos. El sofoco de Beatriz no ha pasado desapercibido y se nota cierto revuelo. La profesora pide silencio pero sólo cesan los murmullos cuando cita a Clara: "ya sé que estáis todos pendientes de Clara. Clara está malita; los médicos han visto que algo en su cuerpo no funciona bien. Durante algún tiempo va a tener que estar en el hospital".

"¿Es verdad que tiene cáncer?", pregunta Luis. "Sí", responde la profesora. "Entonces, ¿ya no vendrá más al cole?", se inquieta Ana.

La profesora tranquiliza a los alumnos: "Clara volverá al colegio en cuanto se encuentre mejor. Si os parece podemos enviarle una tarjeta para que vea que no nos olvidamos de ella". "Genial", se anima Beatriz. Víctor, señalando la ventana, interrumpe: "¡Mirad!". Un enorme arco iris se dibuja en el cielo. La lluvia ha desaparecido dejando, como por arte de magia, su firma multicolor.





Lola, la enfermera del colegio, ha visitado a Clara en el hospital y trae noticias tuyas. "¿No te ha pegado el cáncer?", preguntan algunos. "No, no, el cáncer no es contagioso", afirma Lola. "¿Se va a morir?", se oye. "Bueno, esta es una enfermedad grave pero los médicos saben cómo tratarla. Hay que tener paciencia porque los tratamientos son largos. Las medicinas que Clara tiene que tomar pueden fatigarla y tal vez se le caiga el pelo", explica la enfermera.

Luis está triste, piensa en Clara, no consigue imaginarla sin su melena. Lola sigue hablando, dice que Clara está animada, ha recibido la tarjeta de la clase y le ha gustado muchísimo.

"¿Y por qué se ha puesto malita ella?", pregunta Beatriz contrariada. "Eso no se sabe, no es culpa de nadie. Ahora, Clara está muy bien cuidada y eso es fundamental", concluye la enfermera.

Los lunes por la mañana, la profesora deja unos minutos para hablar del fin de semana. Hoy, Víctor lleva un buen rato con la mano levantada. Parece que tiene algo importante que contar. "Clara ya está en casa, yo la vi llegar del hospital. Está muy flaca y muy blanca pero, su madre nos ha dicho que ya está casi bien...", dice. "Entonces, ¿por qué no viene a clase?", pregunta Enríque.

La profesora recuerda las palabras de Lola: "Clara necesita tiempo para recuperar fuerzas. Las medicinas que toma le producen cansancio. Ahora tiene que evitar coger frío, caerse o hacerse daño". "¡Qué suerte tiene. Así no hace los controles!", deducen algunos. "Vaya tontería, Clara está deseando volver a clase", replica Beatriz sin pestañear.

La profesora calma los ánimos y añade que desde luego estar enfermo es mucho peor que los controles. También insiste en que todos tendrán que hacer lo posible para ayudar a Clara cuando se reincorpore a la clase.







Los alumnos se disponen a sacar sus libros cuando la puerta del aula se abre con decisión. "¡Clara! ¡Clara!", se oye. Clara entra de la mano de Lola. "Vaya, ¡qué alegría!", exclama la profesora. Todos saludan; ella responde muy bajito. Sus compañeros la observan intrigados: Clara no parece la misma, un pañuelo rodea su carita, más delgada.

"Parece una pastora"; "no tiene pelo", dicen. Clara lo ha oído y baja la cabeza avergonzada. Lola interviene: "estamos encantados de tener de nuevo a Clara en el colegio. Cuento con vosotros para que le deis mucho cariño." Lola siempre dice que el cariño es la mejor medicina.

La profesora toma a Clara por los hombros y la acompaña a su sitio. Bea sonríe a su compañera pero Clara baja los ojos tímidamente evitando cruzar cualquier mirada.





El cronómetro del profesor de Educación Física es una chulada. Hoy lo ha traído para las pruebas de atletismo y se lo ha dejado a Clara que, como está algo débil, no puede hacer deporte. El profesor está encantado con su ayudante: desde que Clara toma nota de los tiempos, los chicos han mejorado mucho sus marcas.

Durante la carrera de relevos, Luis y Víctor no han parado de hablar. Luis quiere invitar a Clara a su cumpleaños, pero no se atreve. Clara se ha vuelto más tímida y reservada que antes. Luis pensaba decírselo durante el recreo, pero Clara casi no sale. Los tratamientos han disminuido sus defensas y aunque puede asistir a clase es conveniente que no se canse demasiado.

Víctor empieza a perder la paciencia y anima a su amigo: "venga, hombre, díselo ya". Luis duda, por fin se acerca nervioso a Clara y tras balbucear algunas palabras le pregunta: "¿tienes hora?". Víctor parece no creer lo que ve: "¡le has preguntado qué hora es!". Luis responde mirándose los pies: "son menos diez".



La profesora entrega las notas a los alumnos. Con Clara está muy satisfecha porque se ha esforzado mucho y ha podido hacer todos los exámenes.

En el colegio, se han ido acostumbrando a sus pañuelos. Y en clase, nadie se extraña cuando falta. Clara ya no es el centro de todas las miradas. Eso para ella es un gran alivio.

Del aula de música se escapa una melodía alegre y estival; divertidas corcheas llegan anunciando al aire cálido el fin de curso. Luis, contagiado por esos ritmos, se acerca a Clara y le dice: "el sábado a las cinco hago una fiesta de cumpleaños y te invito, ¿vale?". "Vale", responde ella. Luis se lleva la mano al bolsillo y mirando embobado a Clara le entrega la invitación.





A Luis le da vueltas la cabeza. Hinchar tantos globos le produce una risa floja que exaspera a su abuelo: "Luisito, hijo, que ya eres un hombrecito", le dice. Pero Luis sigue riendo. "Abuelo, es que está nervioso porque va a venir su novia", desvela su hermana.

Luis y su hermana se enzarzan en una discusión que se interrumpe con la llegada de Víctor y su madre. Luis abraza a su amigo olvidándose de la pequeña.

Pronto aparecen los demás invitados; entre ellos Bea que llega con dos regalos en la mano, le planta un par de besos a Luis y le dice de carrerilla: "toma, este es mío y este es de Clara que no puede venir porque tenía cita en el hospital". Luis le da las gracias como atontado mientras Bea mira de reojo a Víctor, feliz de ser ella la portavoz de Clara.



La mamá de Luis ha encendido las velas de la tarta. Luis infla sus mejillas y las apaga de una vez. Todos lo celebran con un fuerte aplauso.

Las vacaciones se han terminado. La noche anterior al inicio del colegio cuesta dormirse. La mañana parece que no va a llegar nunca. El primer día es especial. El patio del colegio que durante meses ha estado en silencio vuelve a encontrar el bullicio. Entre los más pequeños, algunos no están seguros de querer quedarse allí y lloran desconsoladamente.

Luis ha llegado ayer de la playa. Víctor lo sorprende con un capón en el cogote: "¡ya era hora!" le dice. Los dos ríen. Las chicas también se han encontrado y han hecho pandilla alrededor de Clara. "¡Te ha crecido mucho el pelo!", se admiran todas. Es cierto, Clara ha cambiado el pañuelo por dos horquillas que sujetan su rebelde flequillo.

Los profesores salen a recoger a sus alumnos, en unos instantes el patio vuelve a quedarse vacío.





De vez en cuando, Clara no viene a clase; tiene que ir al hospital para que le hagan análisis y para seguir sus tratamientos. Bea se encarga de llevarle los deberes a casa y de informar cómo va su amiga. "Creo que de mayor va a ser médico", dice Luis convencido.

Ayer el que no vino fue Enrique. Estuvo en el dentista y le han puesto aparato. Hoy no quiere hablar. Cuando abre la boca se le ven unas cositas azules sobre sus dientes.



Los demás niños lo atosigan. Luis interviene: "¿queréis dejarlo en paz?". "Sólo le hemos dicho que nos lo enseñe", protestan los otros.

Clara observa como Luis defiende a Enrique y añade: "es verdad, a nadie le gusta parecer un bicho raro". "¿Un bicho, dónde, dónde?", se alarma la profesora. Los niños se apresuran a decir que no era nada y piden disculpas a Enrique. A veces la profesora resulta muy divertida.



El mes de diciembre viene muy frío. El viento gélido obliga a abrigarse mucho. Los niños han sacado guantes y gorros y sueñan con una buena nevada.

La profesora está muy contenta porque todos han trabajado con mucho esmero en la decoración de la clase. El resultado es increíble: se han utilizado telas, papel de seda y papel charol, piñas naturales, espumillón... y mucha imaginación.

Clara se encuentra muy recuperada y puede salir a correr al patio. Hoy, ella y Bea parecen traerse algo entre manos. Cuando se forma la fila, Clara aprovecha para ponerse al lado de Luis, entregarle un papel y darle un beso en la mejilla. Luis repite emocionado: "¡Clara me invita a su cumple!". Víctor alucina viendo a su amigo hecho un lelo y dice: "debería haber una medicina para el enamoramiento".





Textos: Rosa Zeda  
Ilustraciones: Isabel Nadal  
Creación y Realización: Kidexom

